

La Reina de los Cuervos

Diego A. Bartolomé & Minerva Gallofré







Minerva Gallofré

TEXTO

*¿Y por qué no vivir en un cuento?
A mi hija, Gaia, por devolver los cuentos a mi vida.*



Diego A. Bartolomé

ILUSTRACIÓN

*No existe la madre cobarde.
A mi hermana, que siempre se ha encargado de dar lo mejor de sí al mundo.*



La Reina de los Cuervos



Título: **La Reina de los Cuervos**
2017, texto adaptado por Minerva Gallofré, basado en un cuento popular alemán.
Ilustración por Diego A. Bartolomé (www.didroilustra.blogspot.com)
ISBN:978-84-946771-7-5
Depósito legal: M-26378-2017
Impreso en España
Editorial Tres Inviernos
www.editorialtresinviernos.com
Contacto: hola@editorialtresinviernos.com
Todos los derechos reservados




TRES INVIERNOS



Érase una reina que murió pronto. Érase una princesa rota plañendo a los pies de la tumba materna.

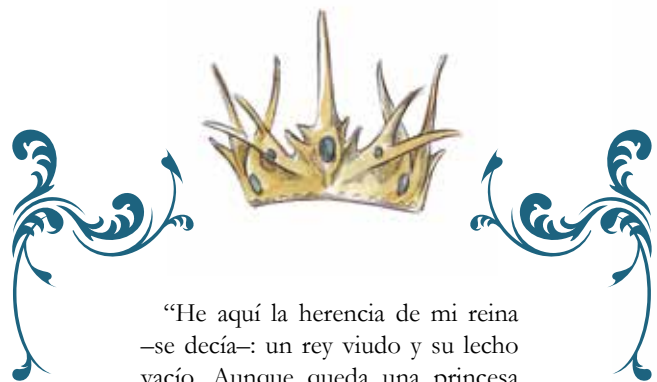
Y érase una hechicera con el alma podrida que sabía demasiado sobre la vida y sobre la muerte.



Todo comenzó en una noche fría, más fría que un mordisco de hierro. En un antiguo castillo, en tierras alemanas, se celebraba el funeral de la reina.

Ni todos los portones abiertos bastaban para acoger a las multitudes que asistían en lúgubres comitivas. Tristes y curiosos acudieron, temerosos, fieles, devotos y supersticiosos... Desfilaban todos junto al cuerpo de su reina fallecida deshaciéndose en sollozos, en plegarias por su alma, los unos suplicando, maldiciendo los otros.

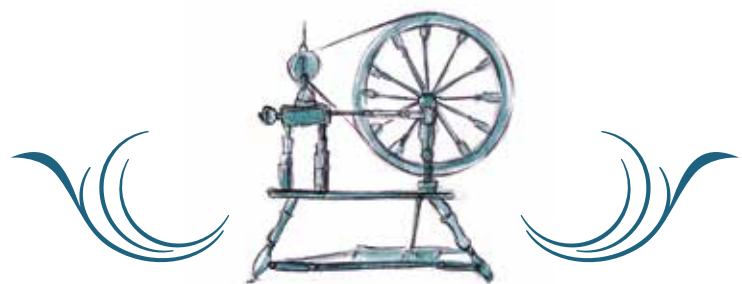
Pero había allí alguien que guardaba silencio desde un discreto rincón. Con no poco regodeo, una sombra con rostro de mujer observaba a la reina muerta. Sus ojos brillaban como simientes del mal mientras buscaba en el cadáver las huellas del veneno que ella misma había vertido en su cáliz, día tras día y una noche tras otra.



“He aquí la herencia de mi reina –se decía–: un rey viudo y su lecho vacío. Aunque queda una princesa huérfana también, con sus tres tristes hermanos siguiéndola como polluelos. Es a estos, a los hijos, a quienes debo alejar del que pronto será mi reino”.

Acabaron los días de luto para el lugar mientras las manos de la hechicera enjugaban la tristeza del rey. El monarca conoció el calor de sus brazos, la caricia dulce de sus palabras, y así es como encontró el consuelo en sus labios.





Como una parca que teje destinos, la hechicera movía con gracia los hilos de su suerte sonriendo por cada triunfo, hasta que, apenas pasó una luna, el rey la tomó por esposa.

—Puede que sea tu mujer —protestó la princesa huérfana—, puede que en adelante sea la reina y señora de todo esto. Mas no olvides, padre querido, que a mis hermanos y a mí ella nunca nos llevó en sus entrañas.

—Paz, hijos míos —rogaba el monarca—. Paz, solo paz, y el reino será próspero. Seamos otra vez la familia que se rompió.

El rey agachaba la cabeza. Amaba a sus hijos, por supuesto, pero también a su nueva esposa. Pues había algo que él encontraba en su rostro, algo que no veía nadie más. No sabía qué era, no, aunque le recordaba a sus años felices, le atrapaba el corazón y devoraba su voluntad. Pues voraz era el ansia de la hechicera y voraz sería su magia con esos hijos estúpidos.

—¡Venid, hijos míos! —los llamó ella, una tarde, junto a la rueca. Y los tres niños, que eran cándidos como corderos, acudieron de buena fe a la llamada de su nueva madre.



La hechicera había tejido para cada uno una capa de lana merina. Eran estas tan negras como el corazón de las frondas que crecían en derredor.

Los tres niños le dieron las gracias y se probaron las nuevas prendas. “Qué gratos y amables son —pensaba para sí misma la hechicera—. Quizás habrían sido unos buenos hijos”. Y cuando las capas de lana negra cubrieron los hombros de los niños y cayeron por encima de sus todavía estrechas espaldas, la magia oscura de la nueva reina surtió su efecto y en tres cuervos quedaron convertidos.

Tres cuervos que escaparon por la ventana y que llenaron el aire del crepúsculo con sus graznidos de miedo y de dolor.





La princesa, que vagaba sola y triste entre los callados robles, advirtió el vuelo de las tres aves negras.

—¡Corre! —le decían—. ¡Escapa! ¡Escápate de esa bruja!

Un amargo presentimiento le hizo suponer que, si volvía al castillo, solo la esperaría la muerte en la sonrisa frívola de su madrastra. Así que la princesa giró rumbo al abrigo de las hayas, hacia el vientre salvaje del bosque, y se refugió en el abrazo de los fresnos.

Cuando la luna se levantó por encima del horizonte, la princesa lloraba acurrucada en un lecho de hojarascas y raíces. Sucedió entonces que aquellos tres cuervos que viera volar y graznar a media tarde se posaron frente a ella sobre tres ramas.

—¡Mis hermanos! —los reconoció.


—*ssss*, silencio, *ssss* —respondió el mayor—. Silencio es lo que debes guardar.

—Si callas por tres años, por tres meses, por tres semanas y por tres días... —dijo el mediano.

—...nos librarás de este maleficio y volveremos a ser humanos —le pidió el pequeño.

Y la princesa asumió su voto de silencio. Durante todo ese tiempo callaría por desmenujar a sus tres queridos hermanos. Así lo prometió.





En adelante, la pobre desdichada siguió viviendo en la soledad de los bosques.

Allí le era sencillo permanecer callada, pues los árboles, las rocas, los vientos y los ríos le hablaban en murmullos y ella les respondía en la lengua susurrante de su aciago corazón. En ocasiones los tres cuervos la visitaban, cuidaban de ella o le llevaban algo que echarse a la boca.